

¿Fracaso del sindicalismo católico?

Por Juan José CASTILLO*

Es materialmente imposible tratar un tema tan amplio y desconocido como el sindicalismo católico en tan breve espacio. No es esto una fórmula de estilo: en la historiografía actual se suele despachar el tema con unas líneas peor o mejor copiadas de manual, sin destacar que, precisamente, el sindicalismo católico puede convertirse en uno de los ejes de explicación de toda la historia contemporánea de España. Por no haber tenido ningún tratamiento histórico, el sindicalismo católico había pasado a "no tener historia", a no existir, después de haber sido uno de los factores decisivos de conformación ideológica y política de los aparatos del Estado.

Por todo ello, lo que trataré de hacer a continuación es proponer algunos elementos de reflexión para el análisis de los sindicatos católicos, acompañados de algunos ejemplos concretos y, singularmente, de las líneas generales de evolución del Sindicato Católico de los Ferrovianos Españoles, hasta 1923 (1).

Es importante destacar hoy estos puntos teóricos de análisis para eliminar obstáculos epistemológicos que impiden la comprensión de la realidad: uno de ellos, quizá el más importante a destacar ahora, es el que viene dado por aquellos que se empeñan en reconstruir el pasado tal y como desean que hubiera sido. En lugar de profundizar

* Profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Madrid.

Este artículo es una versión abreviada de la grabación de la conferencia pronunciada el 11 de febrero de 1977. En el ciclo "La Iglesia española en el horizonte sociopolítico del siglo XX", organizado por el Centro Pignatelli de Zaragoza. En esta conferencia se pretendía dar una visión complejiva del sindicalismo católico, incluyéndose unas notas sobre la Confederación Nacional Católico-Agraria, que aquí no tienen cabida (véase "Notas sobre los orígenes y primeros años de la CNCA", en J.L. García Delgado (ed.) "La cuestión agraria en la España contemporánea", Madrid, Edicusa, 1976, pp. 201-257). Agradezco a J.M. Alemany, del Centro Pignatelli las facilidades dadas para publicar la conferencia.

(1) En la conferencia se trataron más ampliamente estos temas, incluyéndose la importante actuación durante la guerra civil de 1936.

J. J. CASTILLO

en los análisis para hallar una explicación a la historia, prefieren "demostrar" aquello que hoy necesitan como argumento político: las posiciones que abierta o camufladamente *utilizan* la religión católica como elemento diferenciador, y que se autodefinen como "centro", "moderación", "equilibrio", etc., afirman que no hubo en España una implantación real del catolicismo social o de la democracia cristiana, y que esa ausencia fue uno de los factores decisivos en el estallido de la guerra civil. Estos autores (Tusell, Benavides, Alzaga, Nasarre, etc.) no consiguen, a mi juicio, avances explicativos o novedosos de importancia, precisamente por la limitación teórico-partidista que se imponen a sí mismos. Si partimos de la posibilidad de una hipótesis inversa, esto es, del papel importantísimo jugado por las organizaciones católicas en la gestación de movimientos autoritarios, tenemos a nuestro alcance un nuevo marco teórico, mucho más sugerente para la explicación del sindicalismo católico, así como de su carácter de clase. Para ello hay ya indicios suficientes, si se tiene en cuenta la adhesión de estos sindicatos (y de la Iglesia) a la insurrección militar de julio de 1936, y el importantísimo papel que jugarán en la conformación de los aparatos sindicales del Nuevo Estado (2). Se puede, por tanto, partir de la creencia de que las clases y capas sociales partidarias de la solución violenta de los conflictos sociales se apoyaron en organizaciones e ideologías como los sindicatos católicos, cuya larga historia tenía desde sus orígenes una identidad precisa de clase: su carácter patronal.

Si partimos de esta última constatación, el análisis de estos sindicatos plantea nuevos problemas metodológicos: ¿son los "Sindicatos Católicos" Sindicatos?; esto es, ¿cumplen con las condiciones mínimas que permitan identificarlos como organismos de defensa de los intereses obreros?. Difícilmente se puede atribuir esa denominación a unos organismos financiados y amparados por los patronos. Pero tampoco puede decirse, simplemente, que son "sindicatos amarillos", creados por la patronal en su beneficio. Los problemas del análisis se complican cuando se trata de investigar las formas de transmisión de una ideología exterior a la clase obrera, las clases o fracciones de clase interesadas en un proyecto político semejante, los indicadores a utilizar para medir la eficacia social de "sindicatos" cuyo triunfo se cifra en la destrucción de organizaciones autónomas de los trabajadores o en propiciar el fracaso de sus luchas, etc. (3).

Los círculos Católicos de Obreros nacen en España, al igual que en otros países europeos, en la conjuntura de los años 70, que sigue a aquel "asalto al cielo" que fuera la Comuna de París de 1871. El primer círculo que se fundará en España, con significación relevante, será el de Alcoy (1872-3), y no es casualidad que sea en esta

(2) Véase nuestro artículo "El Comité Nacional Circunstancial de la Cesó, 1936-38", en *Revista Española de la Opinión Pública*, n. 38, 1947, pp. 205-303 (con documentación), y "Franquismo y catolicismo social: la CNCA, 1937-1942", de próxima publicación en *Investigaciones Económicas*, Madrid.

(3) Véase la primera parte de mi libro "El sindicalismo amarillo en España", Madrid, Edicusa, 1977, donde se plantean los problemas generales del análisis del sindicalismo católico.

SINDICALISMO CATOLICO

ciudad industrial donde los obreros han dado muestras de combatividad y se agrupan en sus propias sociedades. (No tiene ninguna significación la fecha que se da habitualmente como de fundación del primer círculo por el Padre Vicent en 1864).

La primera etapa en el desarrollo de los Círculos se pueden situar, por tanto, entre 1870 y 1890. De los Círculos creados en este período hay que destacar el de Burgos (1883), que no llevaría el título de "Católico" hasta 1891, después de publicarse la encíclica *Rerum Novarum*. El Círculo Católico de Obreros de Burgos jugará un importante papel en la difusión del catolicismo social y sus instituciones principales perdurarán largo tiempo (aun existe hoy su Caja de Ahorros).

En ese mismo año, 1883, se creaba también un periódico, *El Obrero Católico* de Manresa, del que podemos recoger las razones que aducían los católicos para la creación de estos organismos: "son alarmantes los progresos que hacen ciertas asociaciones de carácter marcadamente socialista en algunas regiones de España, y singularmente en Cataluña y Andalucía (. . .) Nosotros negamos que sea sólo la miseria, como pretenden algunos, lo que arrastra a los trabajadores hacia el partido socialista. No; lo que crea adeptos al socialismo no es la miseria del cuarto estado, sino el disgusto, o mejor dicho, el vacío moral que deja en los corazones obreros la falta de fe religiosa". Los motivos que llevaban a crear los CCO era el auge de la organización de los obreros y el desarrollo consecuente de las ideas socialistas. Debe resaltarse como una nota importante este carácter de reacción anti-socialista de estas primeras organizaciones católico-sociales, que partiendo del esquema descristianización-socialismo, pretenderán, fundamentalmente, una labor de mentalización ideológica que devuelva al obrero descarriado al redil de la Iglesia, lo que equivale a su deserción del "socialismo". Los CCO recogen a los obreros par moralizarlos, eliminándose la contradicción burgueses-proletarios al organizarlos conjuntamente. Los círculos son *mixtos*, reúnen a patronos y obreros, para que, en palabras del Padre Sisinio Nevares, gran organizador del sindicalismo católico, "viéndose y tratándose, jugando juntos, rezando juntos, ayudando los de arriba a los de abajo (...) fueran suavizándose las esperanzas y el amor, fundado y radicado en la caridad cristiana, uniera lo que había roto y deshecho el egoísmo materialista".

La consideración de esta motivación anti-socialista tiene consecuencias más amplias para nuestro estudio: cuando las organizaciones obreras decrezcan (por ejemplo, destruidas por la represión del gobierno, como es el caso de Andalucía, tras los episodios de la Mano Negra en 1883), la acción de la Iglesia y el desarrollo de los Círculos también decrecerá, puesto que no es necesaria la represión interior de la que habló Donoso Cortés.

Se puede decir, sin exageración, que el desarrollo del catolicismo social corre parejo, al menos en el período 1875-1923, con la organización del movimiento obrero: el final de la década de 1880, que conoce fechas tan significativas como la fundación de la Unión General de Trabajadores (1888), la creación de la Segunda Internacional (1889), o el congreso de Génova para el movimiento obrero italiano, es el punto de

J. J. CASTILLO

arranque definitivo del primer intento masivo de los católicos-sociales por incidir en el campo obrero. La *Rerum Novarum* va a ser el jalón que señale (1891) el cambio de orientación de la Iglesia católica: como han escrito Joye y Lewin, se puede escribir, simbólicamente, que el papado se convierte al capitalismo, queriendo decir con ello que la Iglesia acepta las relaciones de producción ya dominantes y toma posición ante "lo social", en contra de la ideología que nace con el proletariado, el socialismo.

En España, a partir del segundo Congreso Católico, que se celebra en 1890 —el mismo año en que se celebrará el primer Primero de Mayo— se incluye entre los apartados a tratar uno titulado "Capital y trabajo", que sustituye a la denominación anterior, "asuntos de caridad".

La década de 1890, como decía, conoce una actividad amplia en torno a la constitución de círculos católicos a nivel de toda España. En 1893 se constituye el Consejo Nacional de las Corporaciones Católico-Obreras en una reunión que se celebrará en Valencia, bajo los auspicios y patrocinio del Marqués de Comillas y con la actividad incansable del Padre Antonio Vicent, que publicará este mismo año su conocido libro "Socialismo y anarquismo", del cual una segunda edición en 1985 alcanzará, merced a la financiación de Comillas, una tirada de 50.000 ejemplares. Ambas ediciones están dedicadas al Marqués, la una como "protector" de los Círculos, la otra como Presidente del Consejo Nacional de las Corporaciones Católico-Obreras.

En 1894, tal como se había acordado en Valencia el año anterior, se llevará a cabo —nuevamente con el apoyo financiero de Comillas— una peregrinación obrera a Roma, que se desplazará en los propios barcos del marqués. La peregrinación (su propaganda y organización), en la que será parte principal el padre Vicent, servirá para extender la semilla de los Círculos.

Tiene también notable importancia, pues va a desarrollar la creación de Círculos en Madrid, la fundación en 1895 de la "Asociación para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera".

Esta misma década va a conocer la fundación de influyentes periódicos católico-sociales (la *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, *El Boletín del Obrero*, *El Obrero Católico*, etc., etc.) , que van a ser importantes pilares de sustentación de la precaria implantación organizativa católica. Si se ha de creer a Bayle, el biógrafo mejor informado del Marqués de Comillas, todos ellos se crearon con su apoyo.

Conviene hacer alguna referencia más amplia al papel de esta financiación patronal en el desarrollo del sindicalismo católico (4), y las consecuencias teóricas que implica. Para esta década tenemos algunos testimonios públicos, por ejemplo, de como la creación de círculos en Madrid fue financiada con dinero proveniente de la Iglesia, la

(4) Véase mi artículo "Sobre la financiación patronal del sindicalismo católico en España", en *Negaciones* n.º 2, 1976, pp. 199-220.

Nobleza, el Banco de España, las Compañías Arrendataria de Tabacos, Trasatlántica, de Ferrocarriles del Norte y Monte de Piedad. Desgraciadamente, ni para esta época, ni para las posteriores se dispone de información suficiente que permita la determinación del tipo de empresarios interesados en una opción como el catolicismo social/sindicalismo católico. Por lo cual sólo podemos servirnos de ello como indicador precario.

Sin embargo, el hecho de la financiación patronal es revelador de una serie de problemas: una revista puede seguir publicándose cuando no haya un solo obrero que la lea; si tomamos los periódicos o sus tiradas, v.g., como señal de incidencia ideológica, estamos cometiendo un grave error. Si no son tan sólo las cuotas las que sostienen a las sociedades de obreros, las católicas pueden ofrecer muchas más ventajas que las socialistas o anarquistas, que por la misma cuota ofrecen socorros mucho más pequeños.

La financiación patronal, si se consiguen series largas de ingresos patronales y obreros, permiten análisis que pueden ser esclarecedores: es el caso del Círculo de Burgos. Las dos series, para los años 1900-1932, reproducidas en una escala semilogarítmica, nos revelan cosas tan interesantes como que es el año 1919, año clave en la historia contemporánea, en el que se dan cita posibilidades históricas nuevas por el nivel de conflictividad y organización obrera existente al final de la guerra interimperialista, este año, digo, la separación entre las curvas de ingresos por cuotas obreras y los ingresos por donativos patronales es máxima, hasta hacerse éstos tres veces mayores. Los patronos ante el desarrollo de la combatividad de la clase obrera aportan más dinero; los obreros abandonan el catolicismo social, pese a ser esas mismas coyunturas, precisamente, aquellas en que la Iglesia va a volcar toda su capacidad de propaganda y acción, apoyada por unos empresarios incapaces de dar una respuesta integradora a las reivindicaciones que plantean los trabajadores.

Una etapa que podríamos llamar de transición, en la génesis del sindicalismo católico, es la que cubre la primera década del presente siglo, hasta 1912, si se quiere dar una fecha precisa, con amplia significación.

Convencidos de la ineficacia de los Círculos, los católico-sociales van a iniciar la transformación de éstos en sindicatos, esto es, formalmente, romper con la sindicación "mixta" (obreros y patronos en la misma organización) y se preconiza la asociación "pura". En efecto, a principios de siglo y en contradicción con las afirmaciones apresuradas de historiadores que no trabajan críticamente sus fuentes, el número de obreros afiliados a los círculos era exiguo. Si leemos atentamente una estadística oficial de 1904 (5), nos encontramos con una cifra máxima de obreros asociados de 25.000, cifra realmente muy por encima de la realidad si se siguen de cerca los círculos representados. En muchas ocasiones se usan las estadísticas del Consejo Nacional

(5) Véase mi artículo "Modulaciones ideológicas del catolicismo social en España: de los *Círculos* a los *Sindicatos*," en *Revista Española de la Opinión Pública* nº 45, 1976, pp. 37-75

J. J. CASTILLO

de Corporaciones sin prevención alguna, casi diría sin lectura ninguna: se toman los totales mezclando cosas tan dispares (y a veces inclusivas) como clases dominicales, comunión anual o socorro a parados, un índice de la validez de esta estadística nos lo dan las cifras de "asistentes" sobre las de "inscritos", que en Barcelona puede ser ocho veces inferior.

A partir de 1904 se inicia la nueva estrategia que parte de esa constatación de que los círculos han sido un fracaso y de que, como escribiera José María Boix, "a la revolución hay que vencerla esgrimiendo armas adecuadas", siendo entonces necesaria la nueva fórmula: Unión Profesional va a ser el nombre que adopten las organizaciones católicas.

Las primeras Uniones Profesionales se fundarán en Bilbao en 1905, siendo la de albañiles la creada en primer término y a la que pronto siguieron las de cantores, moldeadores, carpinteros, forjadores y mecánicos.

Esta estrategia nueva se desarrollaba en toda Europa tomando como base ideológica la carta de Pio X a la Unión Económico-Social italiana apoyando la fundación de uniones profesionales.

Poco a poco se fueron extendiendo por toda la geografía peninsular. En 1907 se fundaría una de las más prestigiosas, la Unión Profesional de Dependientes y Empleados del Comercio de Barcelona, por el Padre Gabriel Palau, que ha sido puesta como ejemplo de esa nueva vía de independencia patronal que elegía el catolicismo social. Nada más erróneo: según la reseña de la propia prensa católica (*La Paz Social*, 1907, P. 360), en las "reuniones íntimas" que dieron origen a esta Unión se hallaban, entre otros personajes, el Marqués de Comillas y Santiago López, gerente de la Hullera Española.

Las uniones profesionales estarán basadas en sus primeros tiempos en el modelo de los sindicatos amarillos franceses, al menos hasta 1909 en que, vista la mala prensa y el eco negativo que suscita en los trabajadores ese tipo de sindicatos, Severino Aznar lanzará la consigna de alejamiento de cualquier tipo de similitud con esos sindicatos.

Un acontecimiento que marca también esta época es la celebración de las Semanas Sociales, a partir de un Curso de Cuestiones Sociales que se organizaría, con la presencia activa del P. Vicent, en el Centro de Defensa Social de Madrid en 1906. Año tras año, hasta 1912, se desarrollarían estas Semanas de tanta trascendencia en la configuración ideológica del catolicismo social español. Con la sexta semana, en 1912, y tras las intervenciones del Padre Gerard, se suspenderán, no volviéndose a celebrar Semanas Sociales regionales.

La fecha que puede tomarse como inflexión de la tendencia amarillista del catolicismo social y punto de partida del "sindicalismo católico", que no cuajará, por lo menos, hasta 3 ó 4 años más tarde, es la de 1912. Este es el año, como decía hace un ins-

SINDICALISMO CATOLICO

tante, de la última Semana Social y del "asunto Gerard", que tanta polvareda había de levantar con su discreta defensa de los obreros como para llegar a ser denunciado a Roma, explicando su experiencia en Jerez de la Frontera, donde había creado un sindicato, según muestran las investigaciones de Salvador Carrasco, gracias al apoyo del Sr. Garvey. Este año muere el Padre Antonio Vicent, inspirador y difusor incansable de los Círculos (aunque ya sugirió tempranamente la necesidad de su transformación). También es 1912 el año de la publicación de las "Reglas sobre Federación de las Obras Católico-Sociales" por la jerarquía eclesiástica, por las que se creaba sobre el papel la Federación Católica Nacional de Sindicatos Obreros.

Es conveniente resaltar esta nota: la creación sobre el papel ha inducido a cronistas apresurados a dar como un hecho esta Federación que jamás tuvo ninguna entidad real. Es importante porque más tarde, cuando en 1919 se cree la Confederación Nacional de Sindicatos Católicos sucederá algo similar, al no conseguirse la unidad de todas las tendencias existentes en el catolicismo social de la época.

Es, finalmente, 1912 el año en que tiene lugar por primera vez una huelga (en Boletta) apoyada por sindicatos católicos.

Como balance de estas transformaciones, cabe decir que la razón fundamental que determinará tanto la orientación como el desarrollo del sindicalismo católico, será, en palabras del Padre Narciso Noguera, "la lucha contra el influjo de los socialistas que intentan alistar obreros en las banderas de la revolución".

Presento a continuación —como ejemplo de la evolución seguida por el sindicalismo católico y de forma muy sucinta—, algunos datos sobre el Sindicato Católico de Ferroviarios Españoles (SCFE), que, en unión de los mineros, agrupará a más del 30 por ciento de todos los afiliados a sindicatos católicos en la fecha en que éstos alcanzan sus mayores cifras de afiliados: 1919 (6).

En 1913 se funda el "Sindicato Ferroviario de Empleados y Obreros de la Compañía del Norte y Líneas Varias", primera denominación del SCFE, pocos meses después de que tuviera lugar la huelga ferroviaria de 1912 y a casi días de la fundación de la sección Norte de la "Unión Ferroviaria" (UGT), en Valladolid. La huelga de 1912 marca un progreso amplio de la organización obrera que será recogido por las empresas como un reto. En decir: hay una importante huelga en el otoño de 1912 en los ferrocarriles y en los primeros días de 1913, se constituye el sindicato católico ferroviario. Lo lógico es que un sindicato se constituya donde los obreros no están organizados; no será así para los católicos: irán a fundarlo, precisamente, donde los socialistas tienen más fuerza; así lo repetirá más adelante Agustín Ruiz, presidente del SCFE desde su fundación hasta su muerte en 1937. Ello pone en evidencia que lo que se busca es desorganizar a la clase obrera y no lo contrario. El núcleo más importante de obre-

(6) Véase mi artículo "Los sindicatos católicos de ferroviarios y mineros, 1913 - 1920", en *Revista de Trabajo*, nº 51, pp. 187-346.

J. J. CASTILLO

ros del carril es Valladolid, y allí iniciará sus actividades, en los talleres de la Compañía del Norte, el SCFE.

¿Cómo se creó y financió el SCFE? Hemos podido encontrar unas cuantas cartas en el Archivo Nevares que nos explican quien financió el sindicato católico. En una de ellas, del 10 de abril de 1913, Faustino Rodríguez San Pedro, presidente del Consejo de Administración de la Compañía del Norte, responde al Padre Nevares en los siguientes términos: "Cuando he tenido el gusto de recibir la visita del presidente de dicho Sindicato, le manifesté la conveniencia de ostentar lo menos posible las facilidades que pudiera recibir para llenar su bien encaminado objeto, pues cualquier indiscrección que en ese concepto hubiere, podría trastornar toda la obra a que se halla dedicado".

Por otras cartas que he podido consultar, sabemos que la demanda de "ayuda" fue hecha a las principales compañías ferroviarias.

En los primeros años no va a tener el SCFE mucha importancia, si no es a partir de la reorganización efectuada en 1915 con motivo de la inauguración de la Casa Social Católica de Valladolid, circunstancia que será aprovechada para reunir a todos los católico-sociales en una suerte de para-congreso, del que va a salir reforzada la acción social de la Iglesia a nivel de todo el estado español.

El SCFE vivía lánguidamente hasta que llegó el momento de demostrar para qué servía: la huelga general ferroviaria de julio de 1916. Entonces aparecerá en la posición que le corresponde estructuralmente, intentando parar la huelga, intentando romperla.

A raíz de la intervención en esta huelga (se dice entonces que tiene 300 afiliados), se producen una serie de intervenciones parlamentarias en defensa de estos obreros católicos, promoviéndose igualmente una suscripción en la prensa conservadora de Madrid que va a dar eco nacional (y nuevos fondos) al Sindicato Ferroviario Católico.

Pero será 1917, con ocasión de la huelga general revolucionaria, la conjuntura que permita al SCFE demostrar todos los servicios que puede rendir al orden establecido oponiéndose con anterioridad a la huelga ferroviaria, a su desencadenamiento con argumentos que no despreciaban el pedir a la empresa el despido de los "revoltosos de siempre", o de los "vividores revolucionarios".

De resultas de la gran conmoción que va a ser la huelga de agosto y del papel jugado en ella por los católicos (nueva suscripción y alabanzas por doquier en la prensa conservadora), así como del miedo patronal, nacerá la organización definitiva a escala masiva de los ferroviarios y mineros católicos. En una carta de octubre de 1917, Carlos Martín Álvarez, mano derecha del Marqués de Comillas, va a citar en Madrid al Padre Nevares, y a Agustín Ruíz, así como otros líderes del sindicalismo católico, para proponerles, entre otros temas relacionados con la necesidad de

reforzar la acción católica, la creación de un organismo que va a tener una importancia fundamental en el desarrollo de la organización ferroviaria y minera, domiciliado en Valladolid, con el nombre de "Secretariado Ferroviario y Minero". La financiación de este organismo, que sólo en 1918 gastará 50.000 pesetas, correrá a cargo, en su mayor parte, del Marqués de Comillas, como sabemos por las patéticas cartas que a su muerte se escribirán para intentar que los herederos continúen la subvención.

En 1919, año clave como hemos dicho, en el que las tensiones sociales alcanzan el máximo de agudeza de la época, la organización ferroviaria católica alcanza, según el Censo Electoral Social, la cifra más alta de su historia: 4.500 afiliados, cifra que, depurada sección por sección, con la documentación interna de éstas, nos da una cifra real de, aproximadamente, 2.500 socios. El Sindicato Católico Minero alcanzará también sus cifras más altas en estos momentos, siendo más difíciles de estimar en su alcance real. Unas cifras que valen más, como exponente duradero de la fuerza del sindicalismo católico, nos vienen dadas por el análisis de las cuotas pagadas por ferroviarios y mineros en 1924-26: 748 socios que pagan cuotas para el SCFE y 1.000 para el SCOME (mineros), cifras sensiblemente parecidas a las que se obtienen del censo electoral social de 1932, y que relativizan las propagandísticas exageraciones que daban un total a ambos sindicatos superior a los 12.000 afiliados (frente a 200.000 afiliados a la UGT en 1920).

Esta fuerza "real" de los sindicatos católicos no puede hacernos perder de vista el hecho de que la disposición de fondos ajenos a los obreros permitía, acompañado del apoyo de la prensa conservadora, una acción ideológica de amplio alcance con sólo hacer creer que existían, llegando donde no podían llegar las organizaciones autónomas de la clase obrera.

Finalmente debe reseñarse, como índice de la posición de clase de los sindicatos católicos, su recibimiento de la Dictadura militar de Primo de Rivera. La Confederación Nacional de Sindicatos Católicos de Obreros declarará el 15 de septiembre de 1923 estar "conformes con el programa del Directorio" que coincide con el programa católico. El SCFE, el 20 de septiembre, y con un tiempo más amplio para la retórica, "respetuosamente y con entusiasmo felicita a los hombres que con gesto heroico y decidido impidieron la caída de su pueblo al precipicio de la ruina y de la muerte".

Lenguaje y programas que en 1936 van a adquirir la dureza del metal de las armas alzadas contra la legalidad republicana: "son los mismos sentimientos los que ahora empujan a los frentes de batalla a nuestro incomparable Ejército y bravas milicias, los que entonces nosotros exteriorizábamos" (7).

Había durado muchos años la gestación de las bases para el crecimiento y organización de un ideal autoritario que triunfará en los campos de batalla. No puede, pues,

(7) Agustín Ruiz, Manifiesto del SCFE, Valladolid, 10 de septiembre de 1937 (véase art. citado en *Revista Española de la Opinión Pública*, nº 38, 1974, p. 226)

J. J. CASTILLO

afirmarse que el catolicismo social fracasara en función de lo que *debiera* haber sido "auténticamente". Desgraciadamente, el triunfo del franquismo no le es ajeno; es más, tiene con él una deuda impagable.